

PÁGINAS INFANTILES

EL ELEFANTE Y LA MOSCA

¿No saben ustedes cómo se efectuó la alianza del enorme elefante *Jumbo* y la mosca *Tiqueti*? Pues oigan la historia, que vale la pena de ser contada.

Ya no estaba en su primera juventud cuando desembarcó *Jumbo* en el Havre,

después de muchos días de viaje á bordo de un transatlántico. A los cuarenta años de completa libertad en los juncales de la India inglesa, donde había vivido en estado salvaje, era necesario agregar cincuenta años más de esclavitud en numerosos circos norteamericanos. Su piel, que parecía un impermeable viejo muy usado, estaba llena de arrugas y su vista había disminuido hasta tal punto, que se veía obligado á usar su trompa como un bastón de ciego para tentar con ella el camino y ver dónde ponía los pies.

Tiqueti, mosca joven y por consiguiente, muy curiosa, fué con varias de sus compañeras á ver desembarcar la compañía á que pertenecía *Jumbo* y apostó con una amiga á que se colocaría en la cabeza del elefante, aquella enorme cabeza que parecía una montaña. Después se instaló en la oreja del paquidermo y en ella estaba cuando *Jumbo*, que no había visto una piedra, iba á tropezar.

—¡Cuidado!—le gritó *Tiqueti*, comiéndose del pobre animal.—¡Te vas á caer!

Jumbo volvió uno de sus ojos lacrimosos hacia la oreja donde estaba *Tiqueti*.

—¡Gracias, hijita!—contestó.—Que Dios te conserve la vista. Si quieres servir de guía á este pobre viejo, yo cuidaré de tí y nunca te faltará nada.

La simpática mosca aceptó la proposición y siguió á la compañía á París, instalando definitivamente su domicilio en la oreja de *Jumbo*.

—¡Animo, viejito!—le decía *Tiqueti* cuando parecía estar cansado su amigo mientras hacía sus admirables ejercicios.—Pon esa pata más al centro de la silla... ¡Así!

Sahib, el corneal negro del elefante, estaba habilitado al ver sus habilidades.

—Desde que estamos en Francia—decía—progresó *Jumbo* de una manera admirable; no

se equivoca nunca y parece que fuera mejorando de la vista.

—¿Cómo se enorgullecía *Tiqueti* al oír esas declaraciones!

En pago de sus cuidados, *Jumbo* la alimentaba, reservando para ella lo mejor de sus manjares,

y cuando un visitante le obsequiaba con un terrón de azúcar, lo partía cuidadosamente con las patas y cogiendo los pedazos con la trompa, los colocaba encima de su cabeza. Nadie comprendía esas rarezas de *Jumbo*, pero *Tiqueti*, invisible, pero presente, le agradecía aquellos banquetes.

Desgraciadamente, todo tiene fin en este pícaro mundo. La compañía quebró, y para pagar sus deudas, remataron judicialmente todo el material. Cuando *Jumbo* supo había sido comprado por un príncipe egipcio que se lo iba á llevar al Cairo, su desesperación no tuvo límites.

—Nunca podrá *Tiqueti*, esa pobre mosca de los países fríos, soportar los tórridos calores de Africa. Tendremos que separarnos.

Al saber la noticia, *Tiqueti* se deshizo en lágrimas. Durante el viaje hasta el puerto de embarque, trató, aunque en vano, de hacer escapar á *Jumbo*. Una noche consiguió que un ratoncito tratara de romper el cabo con que estaba amarrado el elefante, pero, desgraciadamente, era un cabo de alambre y nada pudo hacer el simpático y servicial ratoncito.

Por fin llegaron á Marsella. Un buque esperaba á *Jumbo*, quien al embarcarse, derramó dos lágrimas en las que hubieran podido ahogarse más de cien moscas como *Tiqueti*.

Esta floraba sin consuelo, y cuando subida sobre el respaldo de un banco del muelle, vio que el buque levaba anclas, llevándose á su querido amigo y fiel compañero, le envió el último saludo de despedida, y entonces conoció la pobre *Tiqueti* el maximum de dolor que puede soportar una mosca. Aun era joven y llena de vida y podía esperar encontrar consuelo. ¡Quién sabe lo que la tenía reservado el porvenir!

En cuanto al pobre *Jumbo*, murió al año siguiente, de pesar y de vejez.

